



DE FRANÇOIS COPPÉE

Y DE LOS

POETAS LÍRICOS FRANCESES CONTEMPORÁNEOS.

(NOTAS Y NOTICIAS.)



ANTES de hablar de Coppée, de su vida y de sus obras, creo que no huelgue escribir algo acerca del *medio*, como hoy se le llama, en que su poderoso talento se desarrolla y brilla y del gran número de escritores que le precedieron, le acompañaron ó le acompañan en la serie de luchas y triunfos con cuya enumeración casi pudiera escribirse la historia sucinta, pero verdadera, de los poetas líricos franceses contemporáneos. Por lo demás, decir algo de Coppée sin citar siquiera á muchos de ellos, sería cosa imposible. Vale más, por lo tanto, que acepte con gusto la necesidad que se me impone,

y que saque, ya que no en mi provecho en el del curioso lector, si la suerte me ayuda, el partido que Dios me dé á entender.

Como la tarea no es corta, si se apuran, no diré todos, sino solamente los detalles más visibles del cuadro que procuro trazar, y como la extensión pudiera venir aparejada con la pesadez, sin abrigar la esperanza de que la evite, anticipo el propósito deliberado que tengo de esquivarla. Resumiré cuanto pueda sin omitir lo que importe.

No hablaré de los que, inmediatos antecesores de los poetas que hoy gozan de fama en el país vecino, sobre algunos de los cuales ejercen sus ideas señaladísimas influencias, murieron ya, dejando al mundo una obra que puede hoy en su totalidad ser conocida, y un nombre que alega todos sus títulos y es acabadamente justipreciado. Además, si otra cosa hiciera, este prólogo ó bosquejo resultaría muy grande, no por sus resultados, sino por sus aspiraciones. Me he de contentar, pues, con rendir tributo de admiración, y seguir adelante, á poetas como Alfredo de Vigny, espíritu severo y delicado; Lamartine, el melancólico poeta del amor; Gautier, el de la espléndida rima y la imagen brillante como el oro al sol; Alfredo de Musset, el gran poeta de la juventud; Auguste Barbier, el terrible vate de las *Sátiras* y los *Yambos*; el satánico Charles Baudelaire y el místico

Víctor de Laprade; Gerardo de Nerval, el feliz traductor de Enrique Heine; los hermanos Deschamps, delicadísimos é irreprochables, y aun al mismo Víctor Hugo, que dominó en tan alta región que en ella fué único, que en vida admiró y deslumbró como el que más, y que con su muerte, hace poco llorada, ha dado en el mundo moral la acabada imagen de una maravillosa puesta de sol.

¿Sigue la poesía francesa contemporánea rumbo fijo, nuevo, determinado? ¿Descubre desconocidos horizontes? Difícil se hace contestar en absoluto á estas preguntas, sin exponerse á contradicciones numerosas. Hay en toda gran obra poética, y la de la Francia contemporánea lo es, dos aspectos que señalan dos fuentes de inspiración bien distintas: una eterna, porque nace de la Naturaleza, constante en sus variaciones; otra accidental, que toma origen en lo que las circunstancias inspiran y en lo que el carácter de los tiempos impone. La pasión, como la fe y el amor patrio, es eterna; el sentimiento permanece y dura al través de los siglos; su lenguaje es igualmente arrebatado en Dido, en Julieta y en Doña Sol; siempre nos llega al fondo del alma. Las condiciones de las épocas, que forzosamente varían, á la par que sus anhelos y sus necesidades y sus angustias, cambian los accidentes exteriores del pensar y el sentir. Ni los personajes de las tragedias de Esquilo, ni los de nuestros modernos dramas de costumbres, andan,

por ejemplo, con el honor en tan rigurosas cuentas como los de las famosísimas comedias *de capa y espada* de Lope ó Calderón. La poesía lírica moderna en Francia siente las grandes expansiones de la Naturaleza, los irresistibles arrebatos de la pasión, y á la vez se inspira en los desfallecimientos peculiares, en las esperanzas y en las fuertes luchas características de los años que corren. Canta ya las maravillas de la tierra y los mares, las dulzuras del amor y su desengaño, la santidad y placer de la vida á solas y en el seno de los campos; pero sobrecogida por el espectáculo de miserias y por la revelación de verdades aun más aterradoras, y por las osadas negaciones de la experiencia á los sueños de la ilusión, duda, llora, maldice, ruge, compadece, ama ó blasfema, siendo fiel expresión de lo que sufre la humanidad que por tan dolorosas y decisivas crisis atraviesa. Todas las inspiraciones le conmueven. Las del ayer, las del hoy, las del pavoroso mañana. Á todas responde; á las que en toda ocasión de los siglos hicieron sentir; á las que hoy de modo nuevo é inusitado nos hacen padecer. ¡Y en verdad que pocas veces reflejó la poesía el carácter distintivo de los tiempos como refleja hoy el de los actuales la poesía lírica en Francia! Díganlo Sully Prudhome y Coppée, Ackerman y Paul Deroulède, Paul Bourget y Mauricio Rollinat, Edouard Grenier y Maurice Bouchor Jean Richepin y Guy de Maupassant.

Aun hay más; la poesía, la poesía que merece tal nombre, reproduce con lealtad la manera de sentir de quien la piensa y la escribe, y quien la escribe siente y piensa influido por cuanto bulle, palpita y se desarrolla en el mundo en que él se mueve. Los poetas líricos franceses contemporáneos muestran la inapreciable cualidad de ser sinceros (si se exceptúa el grupo de los *decadentes* de que luego hablaré, y al que no pertenece ninguno de los que acabo de citar), y en el estudio que de ellos se haga importa por lo tanto conocer el mundo exterior que en ellos influye. Este mundo se resume en dos palabras: Francia y París; la nación y la ciudad; la nación moderna y la ciudad moderna también. Francia, que en cien años ha visto, con persistentes repeticiones, las crueldades y los delirios de la revolución, las glorias del triunfo y las miserias del desastre, las aparatosas esplendideces del Imperio y los desbordados furoros de la anarquía; Francia, donde, á imagen del mundo moderno, tantas gentes que dudan sufren, tantas con fe vacilan, y tantas sin ilusión desesperan.... París, el gran foco de las ideas del siglo, el gran centro de todas las corrientes que lo trabajan, el representante de la vida moderna con todos sus vicios y todas sus virtudes. Las zozobras, las penas y las alegrías de la Francia, las zozobras, las penas y las alegrías del hombre moderno son para los poetas líricos franceses contemporáneos, si no las únicas, las

preferidas inspiraciones. Así consiguen sus obras originalidad y carácter, y sus autores merecida fama de verdaderos poetas.

¡Y son tantos y de tan subido mérito los que gozan de justo nombre allende el Pirineo! Unos, como Leconte de Lisle y Théodore de Banville caminan á su ocaso; otros, como Coppée y Sully Prudhome, se encuentran en el cenit de su gloria, y buscándola llegan Aicard, Dorchain, Bourget, Vicaire, du Costal, Rameau y otros cien, brillantes, profundos, inspirados. No dedicarles un recuerdo fuera notoria injusticia.

Leconte de Lisle, el severo autor de *Poëms anti-ques* y *Poëms barbares* y *Kain*, el traductor de la *Iliada* y la *Odisea*, se distingue por el culto ferviente con que ama glorias y civilizaciones que pasaron con el correr de los tiempos. A tal punto ha llevado el que puede llamarse, sin que se incurra en exageraciones, su exclusivismo, que si no afirma hoy ya, por lo menos ha afirmado, que para encontrar un verdadero poeta era necesario retroceder hasta Píndaro, Hesiodo y Homero. Por lo demás, Leconte de Lisle es un gran maestro de la lengua, y sus poesías hacen gala de rigurosa precisión en el estilo, vigoroso y enérgico. El fué maestro reconocido por todos los *parnassiens*, de los que luego se hablará, y designado por Víctor Hugo para que, según su voluntad, le sucediese en el sillón que el vate de *Les Châtiments* ocupaba en la Academia.

De éste y de Th. Gautier, como dijo Sainte-Beuve, procede en línea recta Théodore de Banville, más brillante, más inspirado aún que Leconte de Lisle, según mi pobre entender. En *Las Cariátides*, en las *Estalactitas* y en las *Odas funambulescas* hay reflejos semejantes á los que brillan en *Emaux et Camées*. En los versos de Gautier y en los de Banville la luz fulgura como el rayo del sol en el brillante. Los dos han cincelado también sus estrofas como piezas de orfebrería. Más que por la inspiración de sus concepciones, dignos de aplauso por la forma acabada con que las revisten son J. de Souvary y André Theuriot, más célebre el último como novelista que como poeta. De él, sin embargo, son dos colecciones de poesías que con los títulos de *Chemin des bois* y *Le bleu et le noir* fueron premiadas por la Academia en 1868 y 1873. De igual manera Charles Monselet ha caminado hacia el triunfo, no por donde los versos llevan, y los ha escrito de tan buena ley como los que se admiran en las *Vignes du Seigneur* y *Le Plaisir et l'Amour*, sino yendo más bien por la senda en que le alcanzaron Alphonse Karr y Octave Feuillet. Monselet además goza de nombre como autor de *teorías* literarias y de *prácticas* gastronómicas.

De los versos de Anatole France, también poeta de fama, ha dicho Karl Stern: «Tienen una limpieza de cielo oriental, una simplicidad virgiliana, una

amiliáridad primitiva.» Ciertó. No es posible escribir juicio mejor con menos palabras.

Jules Claretie ha asegurado: «Es un hecho digno de notarse en la historia de la literatura francesa contemporánea: la guerra no ha renovado las inspiraciones de la juventud.» También cierto. Una golondrina—dice nuestro refrán—no hace verano. A menudo las inspiraciones de un solo poeta no determinan tendencia. Hugo, en verdad, cantó las miserias y los desastres del año terrible; Souлары también, por ejemplo, en *Pendant l'invasion*, *Le cantique du roi Guillaume* y *Foli mois de Mai*, sus mejores obras, y Coppée en su *Lettre d'un mobile breton* y *Plus du sang*; pero la guerra, la guerra terriblemente recordada, sólo produjo un poeta, que ya Hugo, Souлары y Coppée habían conseguido sus famas y seguían ya sus rumbos. Me referó al soldado que cayó herido en los primeros instantes de la hecatombe de Sedán, como si la suerte que le vió luchar con honra hubiese querido libertarle de la vergüenza; al que prisionero en Alemania, supo esquivar las iras de sus guardadores; al mismo que formando parte del gran cortejo que acompañó á la tumba los restos del cantor de *La Leyenda de los siglos*, recibió de las gentes, apiñadas al paso de la comitiva, tan entusiastas ovaciones; al que no ha mucho, con ocasión del conflicto hispano-alemán, daba á nuestros compatriotas la bienvenida, tan elocuentemente, en el Tiro Nacional

de Vincennes; á Paul Deroulède, en fin. Sus *Chants du soldat* son enérgicos á veces, melancólicos otras, dulces, tiernos, inspiradísimos siempre. Aire sano de popularidad le rodea. En buena lid supo hacerse digno de él. Cantó sus amores por la patria en versos que vibran como la hoja de una espada que al herir da en duro; defendió la honra nacional con las armas en la mano. Hoy puede ofrecer al reconocimiento de la Francia dobles títulos que le hacen valer y admirar: sus cantos y sus cicatrices.

Paul Deroulède ha probado, sin gran fortuna, la escena. Es sobrino de uno de sus reyes, de Emile Augier, el creador, entre tantos otros bellísimos dramas, de *Les Fourchambault* y *L'Aventurière*.

Si hubiera seguido en mi enumeración orden cronológico, debiera ya haber hablado, que él es hoy sin duda, por su edad siquiera, el primero de los poetas líricos franceses, de Auguste Vacquerie. Justo es no olvidarle, y tiempo es ya de que le traigamos á la memoria.—Con todo, hablar de él detenidamente, me llevaría muy lejos. ¡Ofrece tan gran número de títulos á la curiosidad, Vacquerie, autor del soneto á la nieve ó redactor de *Le Rappel*; Vacquerie, que da á los *parnassiens* motivo para que en la del estreno de su drama *Les funérailles de l'honneur* encuentren la noche de su *Hernani*; Vacquerie, admirador fanático y extremoso del genio de Hugo, con quien le unieron lazos de inquebrantable amistad y

aun de familia; consagrándose de tal manera á sus triunfos que se convirtió, según la exacta frase de Reboullet, en uno de los guardianes del templo donde resplandecía su gloria; sintiendo su influencia hasta el punto de ser su imitador impenitente, sin lograr muchas de sus cualidades y exagerando casi todos los defectos del gran artista!..... Básteme decir ahora que como poeta lírico merece en ocasiones sincero elogio, y que en sus libros *L'Enfer de l'esprit*, *Demi-teintes* y *Drames de la Grève* hay poesías acreedoras á la más imparcial alabanza.

Entre los novelistas que hoy seducen la opinión, Theuriot, de quien ya he hablado, no es el único al que en sus comienzos cautivaron las Musas, como en España á Valera y Alarcón. Cuando Alphonse Daudet, antes de conseguir la gloria que acompaña al desengañado autor de *Le Nabab*, soñaba con ser el cantor idílico de *L'Arlessienne*, dió á luz una delicadísima colección de versos: *Les Amoureuses*. En la gente nueva, permítaseme la frase, los dos autores que más logran y que más valen, comenzaron por trabajar en renglones cortos. Paul Bourget no ha escrito solamente las admirables páginas de *Cruelle énigme* ó de un *Crime d'amour* y de sus estudios acerca de Baudelaire, Renan, Flaubert, Taine, Stendhal, Dumas, los Goncourt, Leconte de Lisle, Tourgueniev y Amiel, sino las hermosas poesías de *La vie inquiète*, *Edel* y *Les aveux*; Guy de Maupassant,

antes de poner su nombre al frente de *Une vie*, de *Miss Harriet* y de *Bel-Ami*, firmó su libro *Des vers*.

Finalmente, los problemas del espíritu inspiraron las *Poesías filosóficas* de Ackermán; las miserias del mundo contempladas sin fe y sin ilusión, *Les Névroses*, de Maurice Rollinat, y *Les Blasphèmes*, *La mer* y *Les chants des gueux*, de Jean Richepin; los encantos de las primeras horas de la vida, *Les chansons de l'enfant*, de Jean Aicard, y el sentimiento de la Naturaleza vista en el campo su hermoso idilio *Miette et Noré*; las primeras impresiones de las aterradoras luchas á que el hombre del día se consagra ó el mundo visto á través de un temperamento que se desarrolla templado en las corrientes del modernismo, los versos quizás no muy atildados, pero sí muy sentidos y profundos de Maurice Bouchor; el poeta preferido por el gran Zola, y entre otras muchas, por ejemplo, las estrofas bellísimas de dos afortunados jóvenes que acaban de empezar: el uno Gabriel Vicaire, autor de *Emaux bressans*; el otro Jean Rameau, laureado en los últimos concursos de *Le Figaro*.

No faltará quien extrañe que, pareciendo haber afirmado que ya se acerca el fin de mi enumeración, olvide nombres tan sonados como los de Albert Glatigny, Catulle Mendès, Armand Silvestre y los mismos de Sully Prudhome y Coppée. Desde ahora le puedo asegurar que lo hice tan sólo pasajeramente

y de intento. Cuantos he nombrado ya, todos figuran, desde Leconte de Lisle á Aug. Dorchain, en el desarrollo de la poesía lírica francesa contemporánea como *poetas sueltos*, y valga el dicho, que si es vulgar es exacto. Los demás, los que nombraré, forman grupo.

Al modo con que allá por los años de 1830 y 1835 se reunió el de la *Jeune France*, tan entusiasta en la defensa del movimiento romántico, naciente por aquel entonces, tan célebre por su ruidosa campaña la noche del estreno del *Hernani* de Víctor Hugo, y al que pertenecían Th. Gautier, Petrus Borel, Gerard de Nerval, Celestin Nauteil, Jehan du Seigneur y tantos más, también así bajo el Imperio nació el de los *parnassiens*, y en los días que corren surge el de los *decadents*. ¿Qué relaciones guardan entre sí? Por más que diga Paul Bourde que dichos tres grupos marcan en la historia de la literatura francesa el movimiento de una degeneración constante, para mí no hay tal cosa. Los tres son grupos, y se parecen porque lo son; casi por nada más. Ni por el origen, ni por la aspiración, ni por los méritos se asemejan. Aparentemente quizá, verdaderamente no. Estos grupos, que grupos son y no escuelas — y del que formaron los *parnassiens*, lo declara con la autoridad que le presta el dominio de la causa propia uno de los más famosos: Catulle Men-

dès — determinan tendencias y escriben historias muy dignas de consideración y de estudio. El de la *Jeune France* representa hoy, cuando más, un recuerdo. Pasaron ya sus circunstancias y se desvaneció su influjo, que logró algo más que los cabellos larguísimos ó los chalecos de tonos chillones de Theophile Gautier; recordándole cumplí. El de los *decadents* comienza. El de los *parnassiens* tiene ahora, para nosotros, marcadísima importancia. En él figuró desde un principio François Coppée. De las glorias que los *parnassiens* alcanzaron, las mayores son las suyas.

¿Qué fueron los *parnassiens*? ¿Quiénes fueron? Oigamos á Catulle Mendès, que lo hace de modo tal que yo no pudiera hacerlo, y que no permite nuevas dudas. Habla de él y de sus compañeros. «Atraídos los unos hacia los otros — dice — por su común amor al arte, unidos por el respeto á los maestros y por una gran fe en el porvenir, no se comprometieron de ningún modo á seguir una senda única. Distintos los unos de los otros, estaban resueltos á desenvolver sus características originalidades de una manera independiente en absoluto. Ni tuvieron consignas, ni jefe; todas las personalidades eran absolutamente libres. Curiosos los unos de las cosas modernas; los otros enamorados de las antigüedades religiosas ó legendarias; *hindous* ó *parisiens*; éstos familiares,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. DE TRAJA

"ALFONSO LERES"

Aodo. 1625 MONTERREY, MEXICO

épicos ó líricos aquéllos; algunos rimadores de odas pequeñas y galanas, entre todos no había quien tuviese que dar cuenta á ninguno de la elección de sus asuntos, ni que someter su inspiración á ninguna regla aceptada. Haz lo que puedas, siempre que lo hagas con un religioso respeto á la lengua y al ritmo; tal debió ser y tal fué, en efecto, nuestra divisa. Por lo demás, ni fueron ni intentaron ser innovadores. Bajo el punto de vista de la poesía, no imaginaban llegado el instante de una revolución en los espíritus. ¿Qué será la poesía francesa en un porvenir lejano y que nosotros no veremos? Nadie podría ni decirlo ni aun preverlo; ése es el secreto de los genios futuros. En el siglo XIX toda la poesía francesa, verdaderamente digna de este nombre, se deriva de Victor Hugo.....» Si no la consecución y la defensa de un ideal artístico determinado, ¿qué les unió? Lo que tan admirablemente dice Catulle Mendès, y aun algo más. El amor al arte, los entusiasmos de la juventud que sabe sentir, las ilusiones de gloria, la identidad en la perfección de los gustos, las semejanzas en los deseos, la suerte, las simpatías, las miserias..... ¡Quién sabe cuánto! Se reunieron poco á poco, y después siguieron siempre unidos. *Voilà les parnassiens!*

Al principio la gente se resistió á tomarlos en serio. ¡A cuántas risas dieron lugar, y burlas y chanzonetas! Les llamaron *stylistes*, *formistes*, *fantaisistes*, *impassibles*..... ¡qué sé yo! De cualquier modo

resultaban perfectamente grotescos. El mismo nombre de *parnassiens* quiso ser una sátira. Y ellos lo aceptaron valerosamente y lucharon y triunfaron con él. Tuvieron su periódico: *La Revue Fantaisiste*; sus libros, los que se presentaron con este rótulo al frente: *Parnasse contemporain, recueil de vers nouveaux*. Las primeras entregas fueron editadas por Louis Xavier de Ricard, que dirigía entonces un periódico semanal titulado *El Arte*. Cuando Ricard abandonó la empresa, la continuó quien después ha sido el editor constante de las obras de los *parnassiens*, con lo que ha logrado mucha honra y no menor provecho: Alphonse Lemerre. Tenían sus reuniones magnas en el despacho de Leconte de Lisle. El les dió la sola disciplina que se impusieron, cuando les dijo: «Venerad el arte y despreciad los éxitos que se consiguen fácilmente.» Las de los salones del General Marqués de Ricard les abrieron las puertas del gran mundo. Allí, al calor de aquella hospitalaria sociedad, hasta se transformaron en actores y representaron *Marion de Lormc*. Catulle Mendès era Saverney; Coppée, Didier. Ya habían pasado las angustias y las miserias de los tiempos de *l'hotel du Dragon bleu*, de que luégo se hablará.

Los *parnassiens* fueron muchos. He aquí los principales: Albert Glatigny, el poeta infortunado é ilustre de *Vignes folles* y *Les Flèches d'or*; León Cladel, el inimitable prosista de *Va-nu-pieds*, *Porte-*

glaive y *Kerkadec, garde barrière*; Villiers de l'Isle Adam, medio genio, como le llama Catulle Mendès, el admirable autor de las *Historias extraordinarias*; Sully Prudhome, soberano artista de la palabra, que ha cantado como nadie «en una lengua dulce y clara como un crepúsculo todas las amargas angustias del alma que busca el amor, del espíritu que persigue lo bello», que tan largo juicio merece, y de quien hablaría mucho, sin cansarme nunca, si no temiese ahora que los elogios y el examen que dedicara, si quiera á *Les Epreuves* y al poema *La Justice*, desviasen mi rumbo; Albert Merat, el misterioso cantor de los alrededores de París; León Valade, tan moderno en sus poesías, pero más soñador aún que Albert Merat, con quien tradujo en hermosos versos el *Intermezzo* de Heine; Catulle Mendès, el vate de *Philomèla* y *Contes épiques*, y el novelista de *Les Monstres parisiens* y *Les Jeunes filles*, portentoso dueño de las más variadas aptitudes, que lo mismo se complace soñando con los esplendores de la epopeya que se entretiene trabajando en las más delicadísimas filigranas del ingenio; León Dierx, Ernest d'Hervilly, Armand Silvestre, José María de Heredia, y en fin, Coppée, François Coppée, el más insigne entre todos.

Tiempo es ya de que me ocupe en su vida y sus obras con el detenimiento que requieren su importancia y

la ocasión; pero antes séame permitido, para concluir con el empeño en que estoy, no terminado aún, decir algunas palabras acerca del grupo de los *decadents*, con el que finaliza la historia de los poetas líricos franceses contemporáneos. Como á los *parnassiens*, la sátira les dió el nombre con que se les distingue. ¿Alcanzarán también, como aquéllos, las glorias de la redención y del triunfo? No es fácil asegurarlo.

El naturalismo, hoy tan en boga, pretende cortar casi por completo las alas de la fantasía. Es una exageración capaz de producir fatales consecuencias. He aquí la inmediata. El grupo de los *decadents* responde á la exageración opuesta. Su musa es la de la tristeza artificial y las afectadas perversidades. Alientan á la fantasía, y la fantasía toma vuelos desatinados. No tienen, como los *parnassiens*, ni reuniones determinadas ni editor común, pues León Vaunier, que pretende serlo, todavía no lo ha conseguido. Les une el bizantinismo en sus gustos, las mismas divagaciones y excesos en el pensar, y extravagancias semejantes en el decir. El vulgo les inspira profunda aversión. El poeta, según ellos, debe aislarse en busca de lo raro, de lo exquisito. La salud abunda. El poeta debe, por lo menos, padecer de neurósís. Ser histérico es ya una gloria. El estado sanguíneo es degradante. La anemia ennoblece. La Naturaleza es eternamente hermosa; pero es preciso descubrir en ella